
Julia Ruisánchez

Nava, otra historia no-velada

Quizá sea su voz la cualidad física que mejor caracteriza a Julita Ruisánchez, nacida en Tula, Tamaulipas, el 20 de enero de 1903. Porque ella nunca tuvo una voccecita de niña sino todo un vozarrón, cualidad que la convirtió en la persona indicada para cuanta fiesta y ceremonia requiriesen la declamación; y por eso mismo, desde que era muy niña, quiso sobresalir con su propia voz en todo lo que hiciera. Y con esa su propia voz Julita reconstruye las memorias de lo que después de más de noventa años considera como los mejores momentos de su vida, para la redacción de la biografía que le dedica el periodista Mayo Murrieta:

La ficción de los héroes y los conjuros de Julia Ruisánchez en el país de la esperanza.

Así, por voz de Julita misma nos enteramos de que ya hacia 1917, en la escuela normal del barrio universitario de la ciudad de México, Julia Ruisánchez, muchacha ilustrada y polémica, constantemente reclamaba en voz alta: "Las mujeres debemos ser libres y tener los mismos derechos que los hombres". Porque desde esa época Julia Ruisánchez

ya era una feminista mexicana, que provocaba de su madre, doña Julia Nava, también feminista, comentarios del tipo del siguiente: "Es muy traviesa, andamos tras ella porque no para. ¿Sabías que corrió tras los heraldos de

la Constitución del 17 y les ayudaba a repartir la norma a gente de la calle? ¡Es el colmo!". Pero la verdad es que doña Julia no se inquietaba nadita por eso, y más bien ella misma invitaba a su hija para que fuera y conociera en persona el camión de motor, medio de transporte público que recién comenzaba a circular por la ciudad de México: "Que eso sea tu regalo de quince años".

Mientras que el atribulado padre de Julita a duras penas conseguía sobrevivir trabajando sin parar en Veracruz, ambas apenas si se sostenían en la gran ciudad trabajando juntas. Primero, en la calle de República de El Salvador número 32, con don Manuel Carlín, en sus nuevas oficinas de incipiente productor de cine: la Compañía Mexicana Manufacturera de Películas. La madre llevaba los libros de contabilidad de la nueva compañía de cine, y cuando el director requirió los servicios de una empleada que contestara los teléfonos, doña Julia le ofreció: "¿Qué le parece mi hija Julita?".

Igual que su madre, Julita había terminado la educación normalis-

ta y estaba en pruebas finales con los niños "ojos de plato" (por su ingenuidad y pobreza) de una escuela de la calle de Mesones. Por las tardes acudía a la academia de Oliver Morales para estudiar taquigrafía Pittman y mecanografía. Una vez instalada en su mesa con teléfonos, comenzó a distribuir llamadas un corto sobre el arribo a México de los restos mortales del poeta Amado Nervo desde Ganaba 25 pesos al mes por contestar los teléfonos, correr por hiposulfito y posar elegantemente algún anuncio promocional. Pero esto no le duró por mucho tiempo, porque muy pronto la nueva empresa de cine quebró.

México de los restos mortales del poeta Amado Nervo desde Ganaba 25 pesos al mes por contestar los teléfonos, correr por hiposulfito y posar elegantemente algún anuncio promocional. Pero esto no le duró por mucho tiempo, porque muy pronto la nueva empresa de cine quebró.

Como doña Julia Nava fue tachada de maestra zapatista durante la rebatinga por la silla presidencial que vino después de la revolución, no conseguía trabajo como maestra, así que ahora tuvo que trabajar como suplente de telefonista en la Inspección de Policía. Su nuevo jefe, don Octavio Múzquiz, se sorprendió muchísimo al encontrarla un día leyendo *La Odisea* durante su tiempo de trabajo. Como esto no era nada usual entre varones y mucho menos en una mujer, él se dio perfecta cuenta de que Julia Nava era una mujer educada e inteligente. Pero como no fuera posible reinstalarla en un salón de clases, recibió un nombramiento de telefonista definitiva al día siguiente. Un día se presentó la oportunidad de que Julia Ruisánchez ocupara la plaza vacante de secretaria de Múzquiz, y de esa manera volvieron a trabajar juntas madre e hija.

Decide dejarse las cejas, no le gustó esa moda de arrancárselas y poner en su lugar una línea como de betún sobre pastel. A su madre le gustaba mucho que ella se peinara de "Catalina", con el cabello ondulado, una onditita en la frente y la cintilla atravesada, y no le gustaba que se peinara de chongo redondo. Cuando vino la

Decide dejarse las cejas, no le gustó esa moda de arrancárselas y poner en su lugar una línea como de betún sobre pastel. A su madre le gustaba mucho que ella se peinara de "Catalina", con el cabello ondulado, una onditita en la frente y la cintilla atravesada, y no le gustaba que se peinara de chongo redondo. Cuando vino la

moda francesa de cortarse el pelo, Julita hizo lo mismo, viéndose más esbelta y hermosa, lo que no halagó a sus pretendientes.

Cuando José Vasconcelos fue nombrado ministro de Educación, mandó llamar a su lado a todos los maestros zapatistas o villistas. Julia Nava renunció a su trabajo de telefonista para ser nombrada maestra de literatura y español en la Escuela Técnica Seis. Julita también dejó de trabajar de secretaria e ingresó como maestra en la misma escuela.

En esa época, Esperanza Velázquez Bringas le prometió emplearla como ayudahte, pero cuando la vio tan joven, inquieta y emancipada, le dijo que mejor debería ser bibliotecaria. En definitiva nunca le dio nada. Julita entonces fue y se inscribió en la escuela que estaba en Feliciano Verdad para estudiar biblioteconomía. Durante ese tiempo estuvo trabajando de ayudante de profesor en la Técnica Seis; al concluir sus estudios, cogió el título y fue a la oficina de Esperanza para demostrarle que había podido estudiar, y con diez, para así demostrarle, de paso, que no necesitaba de la ayuda de nadie para conseguir empleo. Y no aceptó la plaza de bibliotecaria que Velázquez Bringas le ofreció entonces por su título. Aún faltaba mucho tiempo para que Julita atendiera una biblioteca. Pero esto sirve para

dar una idea de su extraña y muy propia forma de llevarle la contraria a cierta gente.

Fue en la Técnica Seis donde comenzaron los ensayos del "Jarabe tapatío", el nuevo bailable inventado por Vasconcelos, y que por capricho de

él se convertiría en la danza nacional mexicana. Por supuesto, Julita la bailadora pidió ser incluida en el bailable, que fue ejecutado por primera vez en el Estadio Nacional, un cinco de mayo de 1924. Puras mujeres lo bailaron, recuerda ella, sin charro; y también recuerda que no terminaba como jota española, sino abrazándose todas en línea.

Fue en la Sociedad Filosófica Kukulcán, de Donceles 98, donde Julita Ruisánchez conoció en los años veinte del siglo pasado a Diego Rivera; y donde también supo de una vez por todas que lo suyo no era la meditación trascendental, pues, según cuenta en el libro de Mayo Murrieta, le dio mucho miedo descubrir el poder de la mente al experimentar un desdoblamiento psíquico frente a su imagen en el espejo. De las extravagancias de Rivera ella recuerda la forma en que éste inventó la ocurrencia dizque prehispánica de ir a las pirámides de Teotihuacan el día 21 de marzo, para allí hacer rituales y bailes que inventaba viendo códices con sus amistades.

Por esa temporada La Palomilla (el grupo de activistas feministas amigas de doña Julia Nava, todas normalistas como ella) fundó la Asociación Cristiana Femenina, sitio donde Julita conoció a Antonieta Rivas Mercado (tres años mayor que ella). Casi de inmediato se hicieron muy amigas, de modo que muy pronto Julita comenzó a ser invitada para comer una tras otra vez en casa de Rivas Mercado, con constantes peticiones de Antonieta para que Julita se quedara con ella los fines de semana, a fin de que pudiesen conversar y conversar largamente de los temas que más les interesaban: México y el amor.

Poco tiempo después, Julita dejó México para olvidarse de un amor largamente procurado, que, como suele suceder, resultó infiel. Se fue por una temporada a Cleremont, una ciudad de los Estados Unidos, donde viviría dos años. Regresó cuando su madre enfermó al grado de alarmar a la criada, Guadalupe, que le puso un telegrama pidiéndole que regresara de inmediato. Después de que su madre fue operada, mientras estaba convalecien

te, Julita es llamada por Elena Torres para que le ayude en la apertura y realización de las misiones culturales que su conflictivo amante, José Vasconcelos, dispusiera realizar desde la Secretaría de Educación Pública. Pero su madre, en cuanto se vio sola, corrió a trabajar al Consejo Feminista, agravándose su estado; y Julita Ruisánchez tuvo que posponer por tres meses el comienzo de su trabajo en las misiones culturales.

No fue sino hasta principios de 1926

cuando Elena Torres fue ella misma a la Escuela de Enseñanza Doméstica y se llevó a Julita para fundar las misiones culturales viajeras. Prepararon y llevaron a cabo seis misiones para abril de ese año, en Morelos, Aguascalientes, Oaxaca, Chiapas, Hidalgo y Tlaxcala. Y como Elena renunció por problemas con un jefe inmediato, Julita Ruisánchez se quedó sola como promotora y organizadora de las misiones.

Cuando llegó a la primera misión cultural en un pueblo de Morelos, y vio que los niños y niñas jugaban y corrían en el llano polvoso, se le ocurrió hacer un parque infantil. Pondrían columpios, resbaladilla, subibaja y todo. Todo esto donado por la comunidad. En quince días levantan el parque y va su jefe a inaugurarlos, con tal éxito que allí mismo decide que por donde fuera que pasara una misión cultural tenía que dejar instalado un parque infantil como ese que recién inauguraba.

Además del desayuno y la comida que estaban bajo su directa

supervisión, lo mismo que la impartición de las clases de higiene y administración hogareña a mujeres del pueblo, más la sesión de cuento con las criaturas, Julita Ruisánchez también tenía que organizar festivales patrios para enseñar el nuevo baile nacional: el Jarabe tapatío, danza que ella difundió bailándola con mucho éxito.

En uno de sus regresos a la ciudad de México para organizar más misiones culturales, se le presenta Luis Márquez, fotógrafo que le pide que pose para él con diversas indumentarias indígenas que venía coleccionando de los lugares a los que viajaba para tomar fotografías del México desconocido para los habitantes del Distrito Federal. El resultado, después de una sesión fotográfica en el Convento de Churubusco y en la Plaza de Coyoacán, fue: "Una declaración de amor indígena", primera muestra de indumentaria mexicana que recorrió periódicos y salas de arte en las ciudades de México, Los Ángeles, Chicago y Washington.

La siguiente salida en misión cultural fue a Escuinapa (donde intentarían cerrar el burdel del lugar, después de que los niños de la misión cultural le explicaron qué cosa era un burdel) y El Fuerte, ambos pueblos en Sinaloa. Esta misión se vio interrumpida a principios de 1928 por la muerte del padre de Julita.

Regresó por poco tiempo a la capital para consolar a su madre. A pesar de su duelo, su jefe le solicitó que regresara cuanto antes a Sonora porque la trabajadora social que iba en la misión había renunciado. Y allá se fue Julita de regreso a las misiones, por puro amor a México.

En el tren de regreso conoció a Alfonso R. Dampf, quien quedó prendado de ella cuando la vio hacer a un lado su duelo para mostrarle el Jarabe tapatío y el traje de China poblana a una norteamericana afligida porque no había podido ver el bailable y el traje nacional.

Luego, también en misión cultural, pasó por Alamos y Magdalena con sus clases de aritmética, enseñando a vacunar, fundando la Cruz Roja Infantil, organizando prácticas de industria casera, festivales patrios, eventos deportivos y campañas de higiene y mejoramiento del hogar. Más la enseñanza del Jarabe. También hizo la maqueta del hogar ideal, repartió recetas de cocina e impartió cursos de primeros auxilios; horneó pan y montó la obra de teatro *Mexicanerías*, además de iniciar la campaña Pro-México y el Día Mexicano, a fin de quitar los prejuicios erróneos de esas regiones norteañas sobre los habitantes y las costumbres del centro del país. Regresó a

México y su jefe ya le tenía otro trabajo: la clase de sociología en la Casa del Estudiante Indígena. Allí, entre otros, tuvo como alumno al maya Miguel Sabido.

Julita Ruisánchez volvió a las andadas: realizó festivales patrios, un parque infantil, una guardería obrera, una biblioteca y un costurero público. En la obra *Los de Abajo* (otra invitación de Antonieta) participó en el Teatro de Ulises, actuando en el papel de Mercedes Torres, junto con Isabela Corona y Antonieta. Las tres decidieron no maquillarse más y andar solamente con la cara lavada.

Volvió a encontrarse a Dampf en una de sus múltiples ocupaciones. Y ya no pudo evitarlo ni negarse a su propuesta de noviazgo. Él tenía veinte años más que ella. Comenzaron a tratarse reconociendo a cada rato que en todo eran diferentes; pero más que nada en lo de la bailada. En las fiestas estaban incómodos todo el tiempo, porque ella, que no podía renunciar a su gusto por el baile, solía bailar con otros varones como pareja, cosa que provocaba el consabido teatrillo de celos por parte de él, sobre todo si se trataba de que ella bailara con Sabido.

Julita Ruisánchez asistió al segundo Congreso Nacional de jóvenes en la Asociación Cristiana de Jóvenes de México, ACMA principios de 1929; sería la única señorita delegada en la reunión, donde era obligación hablarse de tú. Julita, joven moderna, les responde a la altura de las circunstancias: "Yo puedo hablarle de tú a cada uno de ustedes, o de tú en bola si así lo quieren. Pero de tú les hablo a todos y cada uno de ustedes". Al finalizar el congreso, ella quedó

situada del lado de los izquierdistas, discutiendo todo con los del otro bando: los idealistas. Todo por su frase final ante una discusión:

Primum vivere, deinde philosophari ("Primero se vive, luego se filosofa"); y por su actitud en la visita a la cárcel de mujeres, donde las abrazó a todas y les dio palabras de aliento.

Hacia marzo de 1929, Julita fue llamada por el subsecretario de Educación Pública, Moisés Sáenz, para un encargo difícil y peligroso; tenía que salir a la región cristera de Jalisco, para tratar de calmar los ánimos de algunas poblaciones cristeras que la habían tomado contra algunos maestros evangélicos y no los querían entre ellos. Ella era católica. "No queremos que enseñe nada sino que conquiste a todo el pueblo en favor del gobierno de la revolución", le dijo Sáenz. Su madre, previendo que la situación sería difícil, le consiguió una carta de la Sagrada Mitra de Catedral, en la que la recomendaban ante el sa-

cerdote de Arandas para que no fuese confundida con una agente protestante o espía callista. Llave mágica que le permitió congeniar rápidamente con un pueblo rijo que no aceptaba a los protestantes. Para suavizarles un poco los ánimos, les inventó un festival que llamó "Té rosa" y que tuvo mucho éxito; muy pronto de pueblo en pueblo (Autlán de la Grana, Mascota, Talpa) se fue corriendo el rumor de la maestra que venía con su "Té rosa". De modo que, en cuanto la veían llegar, la recibía ya todo mundo vestido de rosa y le pedían que les enseñara de inmediato todo acerca del "Té rosa", evento social donde todo tenía que ser justo de color rosa mexicano: alimentos, bebidas, decorados e indumentaria.

Al regresar al hogar materno ya estaba Dampf esperándola, para decirle cosas tales como: "Julita, quien además de ir a misiones, hacer parques infantiles, escribir manuales y enseñar sociología a los indios, también hace tortillas de harina para su cafetera (*Dampf* en alemán)". Y de ese modo él da por supuesto que muy pronto contraerán matrimonio.

Otra misión más, ahora a Tabasco. Fue a lugares como Huimanguillo, donde batalla con un librepensador que menosprecia todo símbolo religioso; de ahí pasa a Macuspana, donde idea el cuadro musical *La muñeca mexicana*, un aparador de muñecas mexicanas vivas. También va a Yucatán: Valladolid, Maxcanú... y en Mérida la estaba esperando Miguel Sabido.

Regresó a la ciudad de México

con el pesar de las despedidas, pues, lugar por donde pasaba, iba dejando una estela de cariño difícil de ignorar. En casa se encontró con la necia superioridad alemana, pues en cuanto Julita dio el sí para casarse, Dampf ya no tuvo el cuidado que había tenido hasta entonces, y dijo lo que verdaderamente pensaba de los mexicanos: que eran una raza inferior. A lo que Julita respondió: "Yo soy la mexicana" -y ya no quiso saber más de él ni de los metódicos regalos que le comenzó a enviar en señal de arrepentimiento, implorando un perdón que nunca llegó.

A instancias de su madre, que le pidió que no se fuera de viajera, consiguió un trabajo como ayudante en la biblioteca de Peralvillo, donde inició su labor de invitación a la lectura, comenzando por regalar las tiras cómicas del periódico del domingo a los niños de Tepito. En dos meses aumentó la población de lectorcitos y lectorcitas de cuarenta a cerca de cuatrocientos.

De ahí pasó a la Biblioteca Iberoamericana, para ser nombrada, más tarde, directora de la Bibliote-

ca José Enrique Rodó. En realidad esta biblioteca pública solamente era un cuartucho de vecindad mal aireado, que ella misma clausuró para pasar el acervo de la biblioteca a un lugar más amplio.

Durante esta época de su vida Julita Ruisánchez combinó su trabajo con la mecanografía del libro

México en el teatro, escrito por su amigo Rodolfo Usigli, quien le prometió el primer ejemplar que saliera de la imprenta; pero ella prefirió quedarse con el manuscrito original.

En la Biblioteca José Enrique Rodó se le apareció un día Miguel Sabido. Insinuó su amor a la normalista. Pero ella fingió que no se daba por enterada e incluso lo llevó hospedado a su casa, lo que se volvió una tortura para Miguel, quien desesperaba de celos por los amigos y pretendientes de Julita. Sin poder aguantar más, le dijo que mejor se iba de allí, pues él estaba muy enamorado de ella, y se daba cuenta de que ella nunca se casaría con un indio como él. Afirmación que Julita no aceptó, y tal vez nada más para contradecirlo recibió a Sabido como su futuro esposo. Dicho compromiso sería muy problemático para su madre, que no podía aceptar la boda, igual que para cierto círculo de gente bien que en ese tiempo y ese medio aún veía a los indígenas como seres inferiores. Pero al fin doña Julia terminó aceptando los hechos, cuando prometió que, si no cerraban la carrera profesional que ella tanto había impulsado, "trabajo social", entonces permitiría que su hija contrajera matrimonio con Miguel Sabido. Cosa que ocurrió el cinco de mayo de 1935.

Pero Miguel salió muy pronto con su domingo siete. Celoso y mandón, quiso que se encargara de él su esposa y no Guadalupe, la criada. De su ropa y comida Julita se tenía que encargar personalmente. Pero ella, amorosa, así lo aceptó, teniendo compensaciones como una prueba de impresión de vestidos mexicanos que Sabido diseñó para hacer timbres postales que circularían por México y el mundo.

Sí, el feminismo de Julita Ruisánchez fue transitorio, cosa que aún suele ocurrir. Algunas feministas se enamoran y se retiran de la actividad pública en pos del "sueño de amor" y son capaces de renunciar a todo con tal de formar una familia. Si a principios del siglo xxi todavía hay cierta presión sociocultural por buscar y encontrar una pareja y formar una familia, imagínense hace 67 años. Las muchachas que no se casaban cargaban con el estigma de la soltería y de "cotorritas" y "quedadas", no las bajaban. Y como el feminismo (aún en pañales) todavía no sabía

qué hacer si no se casaban las muchachas, pues no es nada extraño que por amor ella renunciara a su libre albedrío.

El matrimonio, la maternidad y encargarse de su casa retiraron a Julita Ruisánchez de la vida pública sociocultural. Encerrada en su casa, tuvo tres hijos con Sabido: Mucuy, Miguel e Irene, que, como ella le dice a Murrieta: "siguieron inventando a los mexicanos, igual que su abuela, su padre y su madre".

De esto se trata el libro de Mayo Murrieta, un reportaje de vida. Es la vida de Julia Ruisánchez, una feminista mexicana del siglo veinte. Feminista de tiempos de la revolución mexicana y de la locura vasconcelista. Una mujer trascendente en muchos sentidos, pues también desempeña un papel importante en la construcción simbólica de la mujer mexicana, figura concentrada en la China poblana que baila el Jarabe tapatío. Ese México que se cocina entre murales de Diego Rivera y calendarios de Helguera y que retumba de muchos modos, todavía, en los libros de texto gratuitos, por ejemplo. Con todo eso y más tiene que ver la vida de Julia Ruisánchez, una mujer con voz propia.

Así Murrieta hace historia de la vida cotidiana, historia de lo privado, historia de las mujeres: *herstory*, en inglés.

Periodismo imaginativo, hace y deshace la novela, fluctúa entre la ficción posible y la realidad inquietante, la verdad vista de otra manera. Escritura únicamente posible a través del proceso de liberación feminista de la humanidad, proceso donde, como el texto manifiesta, Julita ha hecho un trabajo muy valioso y muy interesante. Un siglo de inventar México desde el cuerpo y la conciencia de una mujer libre, educada e inteligente.

María Adela Hernández Reyes

Mayo Murrieta, *La ficción de los héroes y los conjuros de Julia Ruisánchez en el país de la esperanza*, Orbis Press, Phoenix, 2000.